

EL
TESTAMENTO
DE ILLIA

POR
RODOLFO H. TERRAGNO

ÍNDICE

NUNCA SE LLEGA A LA CUMBRE 3

EL CAMBIO CONTINUO 3

LA LEY QUE FAVORECE LA REVOLUCIÓN 3

DEMOCRACIA PARA LOS CAMBIOS 3

CÓMO HACER UN PARTIDO 3

SE APRENDE DEL ERROR, NO DEL ÉXITO 3

IZQUIERDA, DERECHA Y LA BALA EN EL TREN 3

EL DOGMATISMO Y LOS REPTILES DE LA MENTE 3

LA REVOLUCIÓN ES EN EL LABORATORIO 3

LOS PRÓCERES NO PUDIERON PREVERLO 3

¿QUÉ ES UN GOBIERNO? 3

LOS SALTEADORES NOCTURNOS 3

LA FALTA DE UN ESTADO ENHIESTO 3

LA DEMOCRACIA IMPERFECTA 3

EL GOBIERNO CONTROLADO 3

EL PODER MÁS IMPORTANTE 3

INVESTIGADORES, PLANIFICADORES Y JUECES 3

EL CAMBIO DE ESTRUCTURAS EN UN PAPELITO 3

NI ESTATISMO NI LIBERALISMO 3

EL PAPEL DEL ESTADO 3

EL PLANEAMIENTO DE LOS GIGANTES 3

PLAN Y CONSENSO 3

JAPÓN Y LA CIVILIZACIÓN NUCLEAR 3

LA UNIDAD DE EUROPA 3

LOS GRANDES ESPACIOS 3

NO ROMPER 'DEL TODO' CON EL PASADO 3

LAS UNIONES PIDEN DEMOCRACIAS 3

SE CIERRA EL CÍRCULO 3

EL FUTURO NO SE IMPROVISA 3

LOS FANTASMAS SE AHUYENTAN CON LA ACCIÓN 3

TODOS SOMOS CULPABLES 3

NADIE DEBIÓ USAR LUTO 3

LA MUERTE 3

TESTIMONIO 3

Homenaje a Edison Otero

Los testigos se asombraron ante la revelación. “*En la Argentina no hemos tenido gobierno durante los últimos cincuenta años*”, aseguró aquel hombre monocorde.

Su cabeza era un odre ajado pero contenía, según me pareció, una inteligencia sin arrugas.

Los ojos fingían somnolencia. La boca se entreabría apenas y dejaba aparecer una voz raída.

Ocurrió el 14 de septiembre de 1982.

«*No hemos tenido gobierno durante los últimos cincuenta años.*»

Lo certificaba alguien a quien —diecinueve, dieciocho, diecisiete años atrás— aún llamaban Excelentísimo Señor Presidente.

Las claves para descifrar aquella frase las había recibido yo en Martínez, una tarde de 1966, sentado a la mesa de un módico comedor diario.

Me las había dado, entonces, el mismo hombre. Días antes, los edecanes habían dejado de espiar por encima de sus hombros y se habían sentado, en cambio, a firmar (ellos) los decretos, mientras se espantaba —y huía lejos de él— esa obsecuencia

provisional que cerca a los presidentes.

Aquella tarde lejana, él había estado solo ante mí; como ahora, dieciséis años más tarde, estaba solo frente a todos nosotros, testigos de su testamento.

Me pregunté si seríamos capaces de comprender las palabras que estábamos atestiguando. No pude recordar cuál era la obra de teatro, ni el nombre del escritor, pero recordé, sí, cómo el personaje (creo, ahora, que el autor era O'Neill) decía que los viejos hablan para sí mismos, porque su sabiduría es inútil y ellos lo saben. Saben que, así le griten a la multitud en las calles, o musiten en medio de un beso, no van a encontrar otros oídos, además de los propios, que sean capaces de oír su verdad.

El hombre tenía ochenta y dos años y treinta y nueve días.

NUNCA SE LLEGA A LA CUMBRE

«No hay sociedades ideales. No hay organización permanente», dictó. «El cambio es continuo».

«Uno», reconoció, «busca la sociedad ideal y querría que, en algún momento, pudiéramos decir: 'hemos llegado, ésta es la cumbre'. Pero nunca se llega a la cumbre».

Su definición de la sociedad era la de un organismo vivo.

Casi idéntica a la que había encontrado en su libro de biología, cuando estudiaba medicina en Buenos Aires: “Un organismo vivo es una entidad capaz de cambios permanentes (mutaciones) que se transmiten a las generaciones sucesivas. La acumulación de mutaciones puede derivar en nuevas formas de vida”.

La definición de aquel libro destruía el mito del Hombre imperfectible. El Creador seguía elaborándolo y no cesaría nunca.

La sociedad, que era el producto de míseros imitadores del Creador —sus propias criaturas—, no podía ser inmutable. Sus mutaciones eran, en realidad, indeciblemente superiores a las de una entidad biológica.

EL CAMBIO CONTINUO

Él lo explicó de este modo: *«En la sociedad no hay leyes causales. Nada en ella es inexorable. Si las relaciones entre los seres humanos fueran el resultado de la causalidad, entonces serían necesarias e inmodificables. Pero las relaciones sociales no están regidas por leyes cósmicas. Están cambiando permanentemente. Lo que nosotros llamamos ley es una norma mutable. Hasta la ley suprema puede cambiar».*

No parecía difícil ponerse de acuerdo. ¿Quién se atrevería a

negar que “todos los cuerpos son atraídos mutuamente por una fuerza proporcional al producto de sus masas e inversamente proporcional al cuadrado de la distancia que los separa”? ¿Quién podía comparar la fuerza de la Ley de Gravitación Universal con la del artículo 18 de la Constitución Nacional, según el cual “quedan abolidos para siempre la pena de muerte por causas políticas, toda especie de tormentos y los azotes”?

Él sabía que el desacuerdo era imposible, se demoraba en el enunciado de la premisa porque esperaba, a continuación, encerrar a ideólogos contumaces y sacudir a románticos obstinados.

Pensaba —intuí— en el determinismo biológico, que ve las injusticias de la sociedad como un reflejo de la ley divina. O en el “socialismo científico” y sus presuntas leyes ineluctables.

Pensaba —estoy seguro— también en los suyos. En aquellos junto a quienes había luchado durante décadas, desde antes de presidir el comité departamental, allí en Cruz del Eje. [Eso debió ser en 1931, por ahí. Yrigoyen, me parece, todavía estaba arrumbado, en Martín García]. Abundaban, entre ellos, los predicadores de una doctrina inmutable. Albaceas de los próceres partidarios, se negaban a reconocer las mutaciones. Barajaban el tiempo. Uno los oía y creía estar sentado en una butaca del viejo

Politeama, el 17 de noviembre de 1892, alzando la mano para aprobar la Carta Orgánica escrita por Leandro. Se le aparecía, a uno, Adolfo Saldías con el rostro de Moisés Lebensohn, y un Hipólito, joven, conspirando en 1905 junto a un anciano Ricardo Balbín.

Él no se confundía.

«La sociedad es transformación permanente. Una organización social es perecedera y sólo podemos extender su existencia si la adecuamos a los cambios. Lo que fue revolucionario ayer, hoy ya no lo es. Porque, en definitiva, ¿qué es la revolución? Es un modo de adaptarse a una realidad nueva, que también va a cambiar, obligándonos a nuevas adaptaciones».

LA LEY QUE FAVORECE LA REVOLUCIÓN

Había riesgos en aquel juicio. No faltarían intérpretes que, de buena fe o fingiendo un error, entendieran aquellas palabras como un llamado al pragmatismo sin frontera, al trasbordo de principios, a la resolución de adaptarse a todo. Una convocatoria al cinismo o la resignación.

Él no podía ignorar que los principios (también las fantasías)

colaboran en la producción de los cambios. Sabía que la voluntad tiene límites estrechos, pero que algunos bienes sólo nacerán de nuestra voluntad. Que no somos simples espectadores de los cambios. Que no podemos asistir a ellos, gozosos o resignados, como asistimos al espectáculo de la tormenta.

No lo ignoraba. *«Las sociedades estructuran organizaciones que van cambiando continuamente. Las leyes que sancionan son modificables, y hasta se puede cambiar la ley sustancial: la propia Constitución. Lo que no debe faltar es un sistema legal, un estado de derecho, porque esto es lo que facilita los otros cambios. La ley, precedera, cambiante, es la que favorece la revolución, en el sentido que hemos definido la revolución: una adaptación a realidades cambiantes. La adaptación no sólo requiere el deseo de adecuarse, sino un orden, un método, que proviene del estado de derecho».*\

DEMOCRACIA PARA LOS CAMBIOS

Empezó, entonces, su justificación de la democracia. *«Es el sistema jurídico»*, dijo, *«que más favorece la adopción de los cambios, y su aprovechamiento colectivo»*.

Como a los demás testigos, me sorprendió la asepsia de aquella definición. Él debió advertirlo porque, enseguida, agregó:

«La democracia es el ordenamiento más congruente con la paz, y es en la paz donde se multiplican los logros del intelecto, y las oportunidades de incorporar esos logros a la vida de todos».

No era, aun con adenda, una definición romántica. En ese acto testamentario, a él no le interesaba la democracia como un fin. Le importaba como instrumento para recoger y difundir los beneficios del progreso.

Esa actitud, creo, se explica por alguna de estas dos hipótesis:

(1) le pareció innecesario convencer a los convencidos, exaltar aquello que todos exaltamos, redundar en la lírica democrática;

(2) le pareció conveniente reforzar el atractivo de la democracia, demostrando que, además de ser más noble, es más eficaz, más útil, que otros modos —cerrados y rígidos— de organización social.

En todo caso, antes de seguir, se encargó de entibiar su definición: como si dictara el anuncio de un antiguo medicamento, dijo que la democracia, al absorber y difundir las novedades del pensamiento y la técnica, *«aligera el cerebro y ablanda el corazón»*.

La democracia no era como la tintura de áloe —con agárico blanco, ruibarbo, genciana y azafrán— que los farmacéuticos del

1900 (el año de su nacimiento) llamaban “elixir de la larga vida”. Era como los medicamentos modernos, específicos y generalmente efectivos. Si ablandaba el corazón era porque lo eximía de andar alerta, como andan los corazones cuando el cuerpo peligrá.

Igual que en el Parmenio Piñero, allá en Buenos Aires, o en el San Juan de Dios de La Plata, o acá en Córdoba, en el austero consultorio de Cruz del Eje, el médico prescribía con convicción y esperanza.

CÓMO HACER UN PARTIDO

«Para organizar un pueblo en democracia se necesitan partidos políticos», anticipó.

La sociedad es una trama de intereses. Cada interés ha sabido, siempre, organizarse para su propia defensa. Como se organizaban en gildas los artesanos medievales.

El partido político es, mientras no se prostituya, una organización consagrada a la defensa del interés general.

Para construirlo bien, hay que hacerlo *«con mucho sacrificio»*, desafiando inevitables *«vicisitudes»*. Se lo debe armar —esto es esencial— *«de abajo hacia arriba»*. Tienen que hacerlo hombres y

mujeres que se dejen “*acerar el espíritu*” y estén dispuestos a soslayar los descansos.

Era por eso que lo cautivaba —desde su época de “mostacilla”— la Unión Cívica Radical. Era ese temple el que había notado en Yrigoyen, el caudillo silente, que llegó al gobierno cuando él todavía estudiaba con los salesianos, en el Colegio Pío IX.

SE APRENDE DEL ERROR, NO DEL ÉXITO

No creo, pese al esfuerzo panegírico de los salesianos, que la figura de Pío IX le hubiera resultado atrayente. En el ejercicio del poder temporal, que requería las virtudes políticas, el Pontífice había contravenido todo aquello que él cumpliría escrupulosamente. Italiano, no había apoyado “l’unitá”, había tenido que huir de los romanos, había perdido finalmente el Quirinal —y el poder temporal— a manos de Víctor Manuel II, y se había hecho (él mismo) “prisionero en el Vaticano”, donde terminaría convirtiendo en dogma la infalibilidad de los papas. Era un símbolo de fe, pero no de patriotismo, ni de unión con el pueblo, ni de esa humildad que aun los papas (igual que los

presidentes) necesitan para no sucumbir.

El deponente había notado esas condiciones, ya lo dije, en el hombre que gobernó el país entre 1916 y 1922. También las notaría, acá, en Córdoba, en Amadeo Sabattini.

No había en esos arquetipos, ni habría en él —imitador de virtudes— señales de soberbia. *«Uno debe aprender a ignorar sus pequeños logros»*, nos alertó, hablando sobre los requisitos del político.

«Lo que tiene importancia son los fracasos, los errores. Se aprende siempre del error, nunca del éxito».

IZQUIERDA, DERECHA Y LA BALA EN EL TREN

«Un partido debe defender, en lugar de los intereses de un sector, el interés de tantos sectores como fuera posible. Eso que llaman el interés general».

No estaba proponiendo una tarea fácil. El interés general tiene ciertas propiedades si se lo mira de aquí, y propiedades distintas si se lo mira de allá. Es como la luz que se enciende o la bala que se dispara en el tren para “experimentos mentales” imaginado por Albert Einstein.

Lo importante es entender que, en política como en física, la relatividad no significa que nada es cierto. Significa, al contrario, que *todo* es cierto.

Lo importante, para un partido popular, es situarse en aquel punto de mira desde donde el interés general coincide con el interés de quienes son mayoría a la hora de contar cabezas, y minoría a la hora de repartir frutos.

Ideología es eso: punto de mira. Las ideologías, por lo tanto, no morirán nunca. Pero sí han muerto —o agonizan— ciertas ideologías en particular: las que nacieron, hace doscientos años, hace cien años, de realidades que hoy llegan al ocaso.

«En el siglo dieciocho, cuando se inventa la máquina de vapor, se produce la Revolución Industrial, que introduce nuevos modos de producción y, entonces, aparece el capitalismo. Y a poco andar surge una doctrina, el marxismo, cuyos seguidores van a querer destruir el capitalismo. Esa lucha, entre capitalistas y marxistas —la derecha y la izquierda, como decimos para abarcar a quienes profesan ideas subsidiarias— viene del siglo diecinueve. Pero, ¿sirve hoy el capitalismo del hace doscientos años? ¿Sirve el marxismo de hace cien años? ¿Sirven esas ideas en 1982, a fines del siglo veinte? ».

Nos aproximábamos a la parte central del legado. Era ocioso

que él mismo respondiera esas preguntas: la interrogación era, sin duda, un recurso retórico. Su juicio era claro: capitalismo y marxismo eran catálogos de ideas anacrónicas. Sin embargo, prefirió ser explícito: uno y otro –dijo– habían sido *«superados por los tiempos»*.

Quedaban, de ambos, *«algunas lecciones»*. *«Algo ha quedado, porque siempre queda algo, de cualquier creación de la humanidad»*. Ni el capitalismo ni el marxismo habían sido en vano. Sin embargo, era un desatino seguir agitando, ahora, esos envases vacíos, o casi vacíos.

¿Cuáles serían, en cambio, las ideas congruentes con esta era que, acto seguido, él iba a llamar *«atómica»*?

EL DOGMATISMO Y LOS REPTILES DE LA MENTE

No empezó la enumeración sin hacer, antes, una condena. *«Cuando una idea permanece mucho tiempo, en una sociedad cambiante, llega un momento en el que, para seguir defendiéndola, hay que entrar en el terreno de la intolerancia»*.

Nada podía construirse, dijo, a partir del dogmatismo. *«Cuando uno se dedica a mantener, artificialmente, algo que ha sido*

superado, deja de ser un actor. Se convierte en un defensor de hechos o doctrinas del pasado».

El también creía que, al menos en política, “la opinión inalterable es como agua estancada que alimenta los reptiles de la mente”.

LA REVOLUCIÓN ES EN EL LABORATORIO

La introducción había terminado. Sin cambiar el tono, él entró en los postulados de una nueva enseñanza.

«Ya no vivimos de la máquina de vapor. No vivimos de la mecánica. No vivimos de la revolución industrial. Hemos incorporado todo eso y hemos entrado a otra civilización: la de la era atómica».

Esta civilización nuclear no pudieron preverla el escocés Adam Smith o el prusiano Karl Heinrich Marx.

Nadie pudo preverla. El ser humano es incapaz de conocer sus saltos futuros. Imagina el porvenir –lo decía Borges– como una acentuación del presente.

Nadie puede ser acusado de no prever. Sí, en cambio, de no ver (o no querer ver) aquello que empieza a aparecer frente a sus ojos.

Debíamos poner –instruyó- la mayor atención para asimilar *«esta nueva era, que recién está balbuceando»*.

«Lo primero que debemos entender es que ésta era es fruto de la investigación».

La fisión del átomo, la memoria electrónica, la comprensión de las bases bioquímicas de la vida, todo el poder que otorga el nuevo conocimiento, era obra de laboratorios.

Levantó el índice derecho para dar el énfasis del que parecía incapaz su voz monótona. Quería advertirnos que la sociedad post-industrial había modificado el paisaje político hasta volverlo irreconocible. *«Lo que es revolucionario, hoy, no es el arma, no es la sangre. La revolución está en el laboratorio. El cambio está en las manos de los investigadores»*.

LOS PRÓCERES NO PUDIERON PREVERLO

El “hijo del ahorcado” –aquel Alem que vagaba por las pulperías de ultramuros y arengaba a federales- no habría imaginado una alianza con físicos o naturalistas.

El “comisario de Balvanera” —ese Yrigoyen absorto por la lectura de Karl Christian Friedrich Krause, muerto en 1832—

tampoco se habría visto, él, unido a los hombres de ciencia en la lucha contra “galeritas” y “palanganas”.

El krausismo, es cierto, aspiraba a unificar la ciencia, y creía en el progreso indefinido de las almas. Pero esta «*civilización de la era atómica*» no estaba (no podía estar) prefigurada en aquellas ideas decimonónicas.

Es cierto que en 1905, mientras el radicalismo montaba aquí un vano alzamiento contra Quintana, Einstein proclamaba en Berna su teoría de la relatividad y hallaba la célebre fórmula: $E = mc^2$. Pero no ya la política: tampoco la ciencia estaba en condiciones, entonces, de calcular la trascendencia de aquellos hallazgos hechos en Suiza por un oscuro empleado de la Oficina de Patentes, de 25 años y ningún antecedente académico.

En cambio, después de la Segunda Guerra Mundial, la era atómica fue abriéndose ante todos los ojos.

En 1946, cuando los radicales —junto a sus aliados, rancios y circunstanciales— se preparaban para la derrota de la Unión Democrática, en Pennsylvania se ponía en funcionamiento ENIAC, la primera computadora que mereció ese nombre.

Entonces, la fisión nuclear —que Enrico Ferri había probado en 1942, en Chicago— ya había sido usada para el mal, en

Hiroshima, y aguardaba su reivindicación.

En 1948, mientras Balbín peleaba con el lenguaje que le había enseñado la adversidad, de los laboratorios de Bell Telephone salía el primer transistor.

La lucha continuaba cuando, en 1953, Watson y Crick descubrían la estructura del ADN y, con eso, la clave genética.

En 1957, mientras la UCR se partía en dos —pese a los esfuerzos de este hombre, que se resistía a la división— el Sputnik I entraba en órbita. Era el inicio de una conquista, la del espacio extraterrestre, que llevaría a los satélites artificiales y, en 1969 —año en el que él debía concluir su mandato presidencial—, al descenso de Neil Armstrong en la Luna.

En la década del 70, al tiempo que radicalismo y peronismo encontraban motivos para reconciliarse, microprocesadores y microcomputadoras eran hongos que empezaban su multiplicación.

Cada logro de la tecnología —la energía nuclear, la microtecnología, los satélites artificiales, la ingeniería genética— fue una expresión del conocimiento básico germinado en los laboratorios.

Ese conocimiento cambió los modos de producción y, con

ellos, cambiaron economías y sociedades.

¿Había cambiado el radicalismo?

¿QUÉ ES UN GOBIERNO?

No, pero él no estaba dispuesto a reprochárselo. El radicalismo —era cierto— había sido incapaz de absorber los cambios. Pero no había cofradía política que lo hubiese hecho. La incapacidad radical había sido la de la sociedad toda, navegando durante medio siglo... sin gobierno.

Otra vez aquella frase. Los que oíamos necesitábamos una prueba de que nadie —ni siquiera él— había gobernado durante las últimas cinco décadas.

«¿Qué es un gobierno?», se preguntó. «*Gobierna el que conduce un Estado, una vez que éste se ha estructurado para servir al desarrollo de la Nación*». Nosotros (todos) habíamos sido incapaces de construir ese estado.

«¿Cómo puede ser que, en 1982, todavía estemos pensando en la forma de gobierno que vamos a darnos?», preguntó. Nuestro Estado era, según él, una membrana porosa, ulcerada, carcomida, que nos había cubierto, sin resguardarnos, desde aquella mañana de 1930 cuando José Félix Uriburu dio un puñetazo sobre una mesa

de la Casa Rosada y vociferó: “¡Acá mando yo, carajo!”.

LOS SALTEADORES NOCTURNOS

Seguió hablando, de otras cosas. Confieso que, por un instante, dejé de oírlo. En los cines de la memoria, una sucesión de noticiarios reconstruyó para mí, en segundos, la historia de una desventura. La historia de esos cincuenta años que él acababa de evocar.

Al principio, vi los movimientos nerviosos y el gesto chaplinesco de aquel hombrecito del puñetazo. En el final vería, íntegras, las imágenes censuradas de un pasado aún fresco.

Era una historia poblada de personajes aciagos que —como los antihéroes de Camus— “sabían que hay siempre una hora del día o de la noche en que el más valeroso de los hombres se siente cobarde”. Seres capaces de esperar esa hora y, entonces, “buscar el alma a través de las heridas del cuerpo, volviéndola hosca y demente; a veces, traidora y mentirosa”.

En un momento vi, en una sola escena, a ese hombre que ahora dictaba su testamento, y al mismo hombre jurando, en 1963, “por Dios nuestro Señor y estos Santos Evangelios, desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de Presidente de

la Nación”.

Las imágenes volvieron a superponerse enseguida, pero esta vez, él aparecía en el primer piso de la Casa Rosada, en 1966, llamando “salteadores nocturnos” a unos oficiales, grotescos y ostentosos, que venían a quedarse con el edificio. Enseguida, dieciséis policías, vestidos con uniformes de fajina, cascos y lanzagases, lo echaban del despacho. Él bajaba, del brazo del canciller, y en la explanada de la calle Rivadavia, vivado por todos nosotros, pedía *«un coche de alquiler»*.

LA FALTA DE UN ESTADO ENHIESTO

Cuando llegué al final de la historia, me sobresaltó comprobar que él estaba todavía allí, con nosotros, sobreviviente, y diciendo que no habíamos tenido gobierno desde la caída de Yrigoyen.

A cierta edad, pensé, uno tiene derecho a ser cruel consigo mismo. El suyo, no obstante, había sido un gobierno.

Él mismo lo había defendido, ante el país, la madrugada aquella cuando le incautaron la Casa Rosada. [Con el lenguaje inflamado por la indignación y la impotencia había reclamado en una hoja escrita, que se reconociera el mérito de *«un gobierno que*

ha afianzado la paz en la República y liberado su economía. Un gobierno que ha sacado a la Nación del estancamiento, ha recobrado su prestigio en el mundo y ha hecho que el pueblo recuperase la fe en las instituciones y su destino».]

No hacía falta, ahora, aquella gravedad ni aquella pompa. Habría bastado con unas palabras simples —como ‘libertades públicas’— y unos números. Una estadística, por ejemplo, de alzas anuales: las de la inversión (7,84%), el producto (6,62%) o las exportaciones (4,11%).

Él podía (no había dudas) mostrar un historial de gobernante. Sin embargo, en el sentido que le daba al verbo “gobernar”, en cincuenta años nadie —era cierto— había gobernado. Nadie había presidido un estado enhiesto. ¿Cuánto vale un estado donde dieciséis policías con lanzagases pueden más que millones de votos?

LA DEMOCRACIA IMPERFECTA

Él no olvidaba los orígenes de su presidencia trunca. Había tenido que elegir entre la imperfección y el abandono. Había tolerado la proscripción del adversario y esto —a sus propios ojos— desmerecía el triunfo. Había preferido la democracia coja

al despotismo firme. Había actuado, él, con la ley en la mano. Pero, al final, él y la ley habían sido más débiles que la prepotencia armada.

[Oscar Aldo Godoy no se olvida: fue un día de 1963, en San Miguel. *El Barro de Oro*, se llamaba el restaurante de su cuñado. Orondos generales se sentaron a la mesa —la misma mesa larga que Aldo tiene ahora en su bar, en Cruz del Eje— para comer pollo al barro y proclamar su apoyo a la fórmula radical. Quién sabe dónde comieron aquellos generales (los mismos) el día de 1966 que acordaron desalojar a este hombre de la Casa Rosada.]

Él (amigos, vecinos, contrincantes, todos me lo han confirmado, tanto en Buenos Aires como aquí, en Cruz del Eje, en Carlos Paz) nunca evocaba aquel infortunio con rencor. En todo caso, sentía que su caída les había enseñado —a él, al radicalismo— algo que, sabiéndolo, habían corrido el riesgo de olvidar.

En la contienda con Perón —y, más tarde, en la pugna entre las dos iglesias en las cuales se dividió la UCR— la irrupción militar había sido deseada y, luego, consentida por muchos.

Hombres que en 1930 habían visto cómo se acaba la

Argentina (la expresión es de Ricardo Rojas), en algún momento sintieron que, si el fuego se ponía del lado del bien, si acaso era posible conciliar la fuerza con la razón, era insensato desdeñar el fuego, era imprudente rechazar la ayuda de la fuerza.

Fue un razonamiento ilusorio: la fuerza corrompe siempre a la razón.

EL GOBIERNO CONTROLADO

La democracia era imprescindible. Pero, *«¿qué significa democracia? ¿Nada más que elecciones? No. Las elecciones son episodios importantes, pero la democracia exige, además, que —en el ejercicio de su mandato— el gobierno pueda ser controlado. El poder del Estado no puede estar al arbitrio de los gobernantes, así sean elegidos»*.

Le asustaba el mesianismo, al cual el país podía haberse acostumbrado a través de esa sucesión, en el poder, de un Gran Conductor y distintos salvadores de la Patria.

«Hay que desconfiar de una democracia donde el Presidente de la Nación es el personaje más importante del país. Hay que desconfiar de una democracia donde el Presidente dice lo que se le antoja. O donde el Presidente afirma todos los días que va a hacer la felicidad del pueblo, que va a resolver, él, todos los problemas de los argentinos».

La democracia no se compadece con el que pide confianza en él, en su capacidad o en la supuesta ayuda que recibirá para solucionar, personalmente, los problemas de la República».

Era difícil adivinar qué controles —imaginaba él— servirían para maniatar a un Mesías consagrado en las urnas.

¿Cómo evitar que ese redentor, con el aval de sus votos, «conduzca caprichosamente el país, su economía, su educación, sus relaciones externas, y use los medios de comunicación para torcer la voluntad y debilitar el juicio crítico de la gente»?

No pensaba —pese a lo que pudiera creerse— en un hombre fuerte del pasado. No había concurrido a ese sitio para juzgar a nadie. No había ido a repetir antiguas monsergas de opositor. Estaba hablando del futuro. Hablaba de un ser imaginario, capaz de replicar, o aumentar, los vicios de cualquier personaje pretérito.

Él tenía sus fórmulas y quería que tomáramos nota.

Por un lado, era necesario *«descentralizar las responsabilidades. Aumentar los poderes de las provincias. Aumentar los poderes de los municipios».*

Pero eso no era todo. Hacía falta, además, que todos los gobiernos —nacional, provincial y municipal— estuviesen sujetos al control de la justicia.

EL PODER MÁS IMPORTANTE

«*El Poder Judicial debe ser más importante que el Ejecutivo*»,
SOSTUVO.

[Fue entonces que se permitió un paréntesis y la primera de las tres únicas referencias que, en ese acto, haría a su presidencia:

«*Cuando me hice cargo del gobierno*», dijo, «*llegaron los miembros de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, a quienes había elegido un gobierno anterior (no sé si fue el del doctor Frondizi). Como en este país, cuando llega un nuevo Presidente la Corte tiene por hábito presentar la renuncia —que el Presidente suele aceptar, porque no quiere un poder judicial que sea inamistoso—, estos señores me visitaron y me dijeron: ‘Señor, venimos a hacerle entrega de nuestras renunciaciones’. ‘¿Cómo?’, les digo. ‘Claro, esta es la costumbre’. No, señores, la Constitución dice que los jueces son inamovibles. Vayan, desempeñen sus funciones. Lo único que quiero es que ustedes sean el verdadero tribunal superior. La justicia en este país puede enjuiciar al Presidente de la Nación. Si ustedes tienen que enjuiciarlo, háganlo. Hace falta que aquí, alguna vez, sea enjuiciado el Presidente de la Nación, para que no se crea intangible. El poder judicial es el que controla’».*

El recuerdo era, en ciertos detalles, incierto. El criterio, no.

Continuó: «*Luego, cuando los sindicatos empezaron, de una*

manera partidista, lo que llamaban ‘plan de lucha’, y tomaban fábricas, nosotros recurríamos a la justicia. Un día, los periodistas de la Casa de Gobierno me preguntaron qué medidas iba a tomar yo. ‘Ninguna’, les dije. ‘¿Qué autoridad tengo yo? ¿Qué ley autoriza al Presidente a intervenir? El que tiene que intervenir es el juez’».]

Procuraba demostrar que tenía crédito para postular aquella tesis: el poder del Presidente —reiteró— debía quedar subordinado al de los jueces. «*El primero que debe ser controlado es el gobierno*».

INVESTIGADORES, PLANIFICADORES Y JUECES

«En una democracia moderna, los personajes centrales no deben ser los políticos. Para la economía, no hay personajes más importantes que los investigadores (los científicos, los técnicos) y los planificadores. Desde el punto de vista político, como garantes de la democracia, los actores principales son los jueces».

Él no nos hablaba —comprendí— de una democracia que nosotros hubiésemos conocido o imaginado.

Cuando él decía “democracia” suponía un orden jurídico diseñado par facilitar los cambios y una organización social que

diera más poder a los científicos y a los jueces que a los gobernantes.

Las facultades de esos gobernantes, por otra parte, no debían estar concentradas. El poder central tenía que compartirlas con provincias y municipios. No sólo para dar más oportunidades de participación —«*sin la cual no hay verdadera democracia*»— sino, también, para que el sistema fuera más permeable a realidades cambiantes.

EL CAMBIO DE ESTRUCTURAS EN UN PAPELITO

[En ese punto, hizo la segunda referencia a su época de gobernante. Quería anticipar que la palabra “cambio” no era, en él, un comodín retórico.

«¡Cuántas veces me decían ‘Hay que cambiar las estructuras!’ Entonces, yo tomaba un lápiz y un papel en blanco, y se los daba a quien me decía eso. ‘¡Cómo no!’ le decía. ‘Póngame ahí cuáles son las estructuras que hay que cambiar. Ponga: 1:…; 2:…; 3:… Hágame la lista, así yo sé qué entiende usted por cambio de estructuras. Nadie supo responder».]

Le ofendía la ligereza con la cual se repetía, como un bordón,

algo que era tan necesario como difícil. Algo que exigía seriedad y esfuerzos extraordinarios. *«¡Claro que hay que cambiar estructuras! Si estamos en una nueva era, tenemos que adecuar la arquitectura del Estado, la organización del gobierno, para incorporarnos a esa era. Cambiar una estructura centralizada por otra descentralizada. Cambiar una estructura piramidal por otra donde los centros de decisión sean múltiples».*

Estaba sugiriendo la reforma del Estado. Era, todavía, un objetivo sospechoso. Daba miedo tocar el Estado porque — muchos creían— eso podía favorecer a los opulentos y perjudicar a la Nación.

Los que tenían ese miedo, no veían el Estado como era: una máquina oxidada, cuyo poder remanente y cuya ineficacia usufructuaban, mejor que nadie, los poderosos. Pensaban en la institución ideal, ajena a todo interés subalterno y curadora del bien común. Suponían que las incursiones del estado en campos de la industria y los servicios —comprensibles, muchas de ellas, en su tiempo— se habían hecho una vez y para siempre. Sentían que la soberanía, la defensa, la seguridad, todo peligraba si no se preservaba, intacto, el estado empresario.

«Cuando se parte de premisas endebles, o de aciertos que no son

actualizados», sentenció «las conclusiones son superficiales».

«El Estado no debe estar al servicio de sí mismo, sino de la nación. Para esto, el Estado debe abrir las puertas de nuestra economía. La Nación debe beneficiarse de la capacidad de realización que existe aquí mismo, dentro de la República, y de lo que venga de otras partes del mundo trayéndonos el cambio, introduciéndonos en esa nueva civilización que hoy, en 1982, está formándose en el mundo».

NI ESTATISMO NI LIBERALISMO

Presumí la crítica y el usufructo. Unos lamentarían que el viejo luchador destiñera el estandarte del magno Estado. Otros celebrarían una conversión que no era tal.

Él se adelantó a desautorizar tanto el lamento como la celebración. *«A menudo se plantea la discusión entre estatismo y empresa privada. Se discute el rol del Estado. Unos creen que el Estado debe hacerlo todo y otros que no debe hacer nada. En realidad, no hay razón para pensar que el estatismo o el liberalismo económico vayan a resolver nuestros problemas. Esos problemas no se resuelven con dogmatismos».*

Otra vez le brotaba (no sé si decirlo) el pragmatismo. El abuso terminó por corromper esa palabra. El adjetivo

“pragmático” se le regala, ahora, a quienes no lo merecen. Pueden recibirlo el indiferente, el ambiguo, el ignorante, el displicente o el cínico.

No sé si vale la pena reivindicar el sentido original, el que William James le daba al pragmatismo. En todo caso, me pareció que él no estaba lejos de aquella corriente filosófica que veía en el cambio una “condición inevitable de la vida” y en el conocimiento un instrumento para ir adaptándose a la realidad, cambiante, y controlarla. Había algo en aquella escuela, en aquella antesala del existencialismo, que armonizaba con este hombre. La idea según la cual el ser humano sólo se realiza y descubre en la acción, enfrentando obstáculos, obligado a tomar decisiones, preocupado por darle forma a su experiencia.

Me pareció raro (no debió parecerme raro) que hiciera depender todo de la acción. Evoqué su caricatura —trazada por Flax— con una paloma descansando en su cabeza. La imagen, injusta pero perdurable, de la inacción.

Fui, esa noche, a procurar en textos de James una defensa del pragmatismo. Pensé que podía servirle, a él, como defensa de sus propias actitudes. De su actitud, por ejemplo, ante el Estado.

Encontré, entonces, este párrafo: “El pragmatismo hace a

un lado las soluciones verbales, abstractas e insuficientes. Ignora el razonamiento a priori, el dogma, las ideas fijas, los sistemas cerrados, los conceptos presuntamente absolutos y originales. Pone el acento en lo concreto y adecuado, en los hechos, en la acción. Para el pragmatismo esas ideas tienen el mérito de sus consecuencias. La verdad surge de la verificación”.

Acaso los salesianos le habían enseñado lo mismo —para juzgar todo, excepto la fe— y se lo habían enseñado con sólo cinco palabras: ‘Por sus frutos los conoceréis’ (Mateo, 8.16).

EL PAPEL DEL ESTADO

«El estado no tiene por qué hacerlo todo. El gobierno no debe controlar el país. Debe, sí, ejercer cierto control para evitar una organización no funcional de la economía, y debe, también, ejercer cierto control sobre el futuro, sobre el planeamiento. Pero, para esto, el gobierno tiene que estar, a su vez, controlado por la justicia».

Era un alegato contra la omnipotencia: la estatal y la del mercado.

¿Qué era, para él, una *«organización no funcional de la economía»*? Era, por ejemplo, una economía *«basada en el deseo de sustentar e incrementar el poder de los que más tienen»*. Con criterio

utilitario, sostuvo que debíamos —«no por generosidad, no por compasión»— ocuparnos, ante todo, del «poder de compra de la mayoría».

«No se va a desarrollar ninguna industria, no se va a estabilizar la economía, si 80 ó 90 por ciento de la población no aumenta su poder de compra».

Era partidario de la exportación, pedía que abriéramos nuevos mercados en el mundo, pero no creía que esto pudiera hacerse a expensas del mercado interior.

El Estado debía usar sus poderes para estimular ese desarrollo doméstico.

[Por eso..., recordó, y fue la tercera —la última— evocación del gobierno que había presidido, por eso, *«yo decía: ‘Con estos señores peronistas, que salen a la calle a protestar, yo me voy a entender. Ellos creen que mi gobierno no tiene habilidad, que no tiene enjundia, pero yo les voy a demostrar que no, que es un gobierno normal. De lo que debemos cuidarnos es de la gente que vive en estas treinta o cuarenta manzanas, alrededor de la Casa Rosada. Esos son los que manejan la riqueza del país, y a veces la manejan contra el interés de la mayoría sin ver que, a largo plazo, eso atenta, también, contra el interés de ellos mismos».*

Sabía que gobernar era interpretar los intereses de seres anónimos. Los de esa mayoría *«que ni conocemos, que no aparece en los diarios, que no está en ninguna reunión, que no va a las manifestaciones»*.

Sabía que gobernar era acotar los intereses de seres vigorosos. Los habitantes de esas treinta o cuarenta manzanas porteñas, a quienes no despreciaba —*«entiendo que ellos hacen su contribución»*—, pero a quienes creía necesario limitar.

[Años más tarde, sentado en un sillón burocrático, yo comprendería mejor aquel recado. En el encierro de un despacho, uno advierte que la mayoría está, de verdad, ausente. No se la encuentra —es cierto— ni siquiera en las manifestaciones, que son los bailes de los militantes, los bullangueros, lo activistas: aquellos que quieren asumir una representación no encomendada.

En cambio —comprobé, también— los poderosos vecinos de las treinta o cuarenta manzanas circundantes, entran a los despachos, piden, amenazan, persuaden, ruegan, exigen, confunden, aclaran, dominan, inducen, castigan, sugieren, arrancan, deforman, corrigen, imponen.

Uno se siente, entonces, el delegado de la mayoría muda, sentado allí para resistir, a cualquier costo, esos excesos].

«El gobierno», repitió, «tiene que estar controlado y, a la vez, tiene que controlar».

EL PLANEAMIENTO DE LOS GIGANTES

Había mencionado, al pasar, la palabra “planeamiento”, que él a veces sustituía por un presunto sinónimo: “planificación”.

Los Estados Unidos, planificaban. *«Estados Unidos se presenta como el país del liberalismo económico, de la libre empresa. Eso no significa que no planifique. Estados Unidos tiene, por razones de predominio (o de dominio) compromisos en el mundo entero. Tiene que actuar en los escenarios más diversos. ¿Cómo creen ustedes que podría ejercer sus responsabilidades universales si no planificara? Un país con responsabilidades de tal naturaleza y trascendencia, debe prever, anticiparse, organizar. No puede delegar esas responsabilidades en el mercado».*

Era indudable que, al hablar de planificación, no imaginaba planes quinquenales y medios de producción socializados.

El estado norteamericano no es el dueño de grandes corporaciones ni fija metas a la producción nacional. Sin embargo, influye en la economía, a través de sus propios planes. Eso es —

me parece- lo que él quería decirnos. Quería hacernos comprender que proponerse la conquista de la Luna, y movilizar recursos humanos y materiales para esa aventura, es planificar. Que programar una (condenable) intervención en países de ultramar, es planificar. Que es planificar, también, mover la tasa de interés, subir o bajar los impuestos, imponer un arancel. Que planificar es prever e inducir.

Desarrollar la economía de un país sudamericano no es igual a mantener el dominio sobre medio mundo. Son objetivos distintos, para estados desiguales. Sin embargo, esa planificación —la que se ejerce previendo e induciendo— era apta para nuestra propia aventura.

PLAN Y CONSENSO

Un estado autoritario no induce. Un estado autoritario ordena, fuerza, castiga.

Inducir supone la capacidad de estimular, persuadir y mover a la adhesión. Es una capacidad inalcanzable para un estado que, en lugar de representar, domina. La planificación al estilo norteamericano se podía dar —nos dijo— sólo donde hubiera democracia. Los Estados Unidos, cualquiera fuese el juicio que

nos mereciera su rol universal, tenía la organización democrática que otros países aún nos debíamos.

JAPÓN Y LA CIVILIZACIÓN NUCLEAR

Democracia, planificación y cambio habían hecho la metamorfosis de un país que le parecía *«un modelo de transformación»*.

«Japón es el país que mejor se ha adaptado a esta era atómica. Cuando terminó la Segunda Guerra Mundial, Japón estaba destruido: las ciudades desechas, las fábricas destripadas, la gente sin alimentos, una gran inflación. Estaba completamente en la miseria. Han pasado menos de cuarenta años y Japón tiene 12.000 dólares de distribución por cabeza».

¿Cómo se había producido el aparente milagro?. Él mismo lo preguntó: *«¿Fue, acaso, la ayuda que recibieron de Estados Unidos? ¿Lo que hizo (el general Douglas) MacArthur? Algo pueden haber contribuido los norteamericanos, con sus reformas y alguna ayuda»*, se respondió a sí mismo. *«Contribuyeron a que las fuerzas democráticas se expresaran y, finalmente, pudieran construir una democracia. Pero fue esa democracia, y la actitud de los japoneses –*

que se volcaron a la electrónica, a los semiconductores, a la computación, y que empujaron todos juntos en el mismo sentido- lo que provocó el gran cambio de Japón».

Era, por cierto, una historia simplificada. Me acordé de Richard Storry, el orientalista de Oxford, que en 1960 (poco antes de que, aquí, este hombre se hiciera Presidente) escribió una historia, algo más compleja, sobre el Japón moderno. Era un trabajo erudito y atrayente, pero todas sus predicciones fracasaron.

He recuperado el libro y puedo citar ahora algunos párrafos. Leo: “En 1953, el poder adquisitivo de los japoneses ha vuelto al nivel que tenía antes de la guerra [...] pero, a fin de acompañar el crecimiento de la población hasta 1970 —fecha después de la cual puede producirse una declinación— habrá que seguir elevando los *standards* de vida. Para eso, será necesario aumentar las exportaciones, sobre la base de un sólido mercado interno. Sin embargo, Gran Bretaña y Estados Unidos ya han dado señales de que discriminarán contra los productos japoneses [...] El Japón redivivo —una nación muy diferente del estado que existió hasta 1945— sólo puede prosperar si aumenta sus exportaciones. Hacia fines del siglo, esas exportaciones podrían alcanzar el nivel necesario. Los próximos veinte años serán decisivos”.

Veinte años después, yo estaba oyendo a aquel hombre, maravillándose de los 16.000 dólares por habitante que, cada año, producía Japón. Este hombre, hablando de un país que había sobrepasado, largamente, el nivel que —según Burry— debía alcanzar en el año 2000.

El historiador había identificado los problemas, pero no las oportunidades.

Terminadas la ocupación y la guerra de Corea, la democracia japonesa había logrado la estabilidad. El MITI —más que Ministerio de Industria y Comercio, planificador del milagro— fomentaba la adquisición de ventajas comparativas, para luego lanzar al país a la conquista del mercado mundial. Científicos y técnicos trabajaban al lado de economistas. La burocracia se sumaba a los esfuerzos de la industria. Habían entendido, todos, que el crecimiento económico dependía, en esta “nueva era”, del dominio tecnológico.

Habían entendido, también, que *«la democracia necesita del desarrollo, como el desarrollo necesita de la democracia»*.

LA UNIDAD DE EUROPA

Nuestro hombre empezaba a ver, ahora, un nuevo paisaje:

el de la unidad europea. La «civilización nuclear» lanzaba desafíos que eran demasiado holgados para países sueltos.

«El Mercado Común Europeo va a ser el resultado de una planificación continental. Es a eso a lo que lleva la marcha del mundo: a la planificación por continentes. Iremos llegando, impulsados por una necesidad: la necesidad de supervivencia».

LOS GRANDES ESPACIOS

La tendencia a organizar grandes espacios —nos explicó— había comenzado muchos años atrás. La conferencia de Bandung, en 1955, no había sido, solamente, un foro para condenar al colonialismo de la Unión Soviética y de Occidente. Allá, en Java, se habían reunido *«Tito, el hombre fuerte de Yugoslavia; Nasser, el líder de Egipto; Chou en Lai, el segundo de Mao en China; Nehru, aquel hombre de pensamiento, con aquella capacidad y experiencias extraordinarias, con aquel sentido religioso y moral, milenario, de la India; y Sukarno, el dueño de casa, que había proclamado la Indonesia independiente. ¿Y qué decidieron estos cinco personajes? Deciden la planificación y el esfuerzo mutuo, de Asia y Africa».*

El cónclave aquel le despertaba, todavía, un raro entusiasmo. Le atraían los personajes y, sin duda, estaba aún bajo el sortilegio

de Jawaharlal Nehru, que había muerto mientras él era, aquí, gobierno.

NO ROMPER ‘DEL TODO’ CON EL PASADO

No pude recordar pensamientos de Nehru, y sólo me vino a la memoria una frase que habría escrito en su testamento, tras ordenar que un puñado de sus cenizas fuera arrojado al Ganges: «No deseo romper *del todo* con el pasado».

El líder indio había roto, es cierto, con gran parte del pasado. Se había alejado aun del Mahatma Gandhi: el asceta que aborrecía la industria e idealizaba la pobreza. Nehru compartía la ética ghandiana, honraba al arquitecto de la independencia india, pero creía que el futuro estaba subordinado a la ciencia, la técnica y la gran industria.

Se comprendía la identificación de nuestro hombre. Él tampoco quería romper “del todo” con el pasado. Él también compartía una ética, puesta a prueba en luchas pasadas, y honraba a próceres ascetas a los cuales —como Nehru a Gandhi— había ayudado en sus empeños.

LAS UNIONES PIDEN DEMOCRACIAS

Había una ligera emoción en su referencia a Nehru en Bandung, donde el Pandit y sus pares habían vislumbrado la unidad afroasiática.

Sin embargo, las unidades continentales —nos advirtió— requerían algo que la mayoría de aquellos gobernantes, reunidos en Java, no podía garantizar. *«Una unidad sólo puede formarse sobre la base del acuerdo. Los pueblos que la constituyen deben desear esa unidad. Si esos pueblos no están bajo un sistema legal que les permita expresarse y participar, no habrá unidad estable».*

«La base de la planificación europea no es la riqueza de cada nación. Ellos se asientan sobre el hecho de que la unidad es voluntaria para todos los miembros. No se admite, en la comunidad europea, la incorporación de un estado que no se rija por un sistema legal abierto; es decir, un sistema democrático».

SE CIERRA EL CÍRCULO

Allí estaba la clave de un fracaso: el nuestro, el de los otros latinoamericanos. *«En esta nueva era, en la que se planifican continentes, nosotros no podemos pensar sólo en la Argentina, como Nación. Debemos pensar en la Argentina como parte de*

Latinoamérica. Crear una zona de comercio libre. Pero, ¿ustedes creen que se puede planificar en Latinoamérica, con gobiernos militares, con gobiernos semi-dictatoriales, con gobiernos dictatoriales? No. En estas condiciones, Latinoamérica es implanificable. Primero tenemos que tener gobiernos democráticos en toda la región».

El círculo iba a cerrarse. La democracia —el sistema elegido para la mejor organización interior, para «*facilitar los cambios*», para «*aligerar el cerebro y ablandar el corazón*»— se necesitaba, también, para planificar y construir esos grandes espacios transnacionales que, cada vez más, exigirá la civilización nuclear.

Era eso lo que debíamos organizar. «*No es época de improvisaciones*», nos advirtió.

EL FUTURO NO SE IMPROVISA

«La Argentina necesita gobiernos que comprendan lo que ocurre en el mundo, y que no improvisen. No hay tiempo para perder: no podemos quedarnos quietos ni perdernos en improvisaciones».

Era un desafío a los políticos. «*Estructurar la sociedad sobre otras bases, abrirla para la recepción del cambio, asociarla a los esfuerzos de otros pueblos: eso es lo que se debe hacer. No es político el que se limita a transitar comités y ganar o perder elecciones. No es político el*

que aspira al poder para dar satisfacción a su interés individual, o al de un sector, o al de un grupo. Eso no es política. Política es una tarea de creación colectiva».

Esa tarea requería conocimiento y planes. El futuro no se improvisa.

LOS FANTASMAS SE AHUYENTAN CON LA ACCIÓN

Había que alejar, también, algunos fantasmas. «*No pensemos que hay gente conspirando, constantemente, contra la Argentina. No estemos siempre a la defensiva. No es cierto que el mundo tenga puestos sus ojos en la Argentina, esperando el momento de arrebatarnos nuestras riquezas*».

No negaba la perfidia. Sabía que el poder estaba distribuido de manera desigual en el mundo. No ignoraba cómo se habían formado las potencias. Conocía las estrategias que, ahora, usaban para preservar o aumentar su poder.

Su intención era evitar el usufructo de la adversidad. La profesión le había enseñado que todo mal tiene sus beneficios secundarios. La afición suele liberar hasta de las obligaciones que no impiden cumplir. Los inconvenientes son una coartada

para la negligencia.

«Los de afuera sólo pueden interferir en nuestros asuntos», aseguró, «si tienen, dentro, quien les abra las puertas para eso. Si somos capaces de proteger el interés nacional, si tenemos gobiernos resueltos a esa protección, nadie puede imponernos sus puntos de vista».

No había que construir la gran muralla. Necesitábamos, solamente, querer protegernos y saber cómo. Esto último exigía *«dejarnos de prevenciones y suspicacias»*, alejar el *«temor a las ideas»*, y *«estudiar la época que vivimos»*.

En lugar de refugiarnos en la ignorancia, debíamos avanzar por el conocimiento. *«Los fantasmas se ahuyentan con la acción»*.

TODOS SOMOS CULPABLES

Estaba llegando al final. Durante unos segundos, suspendió el dictado. Su silencio aumentó el nuestro y sirvió de umbral a estas palabras:

«Todos somos culpables y, cuando todos son culpables, nadie lo es. Esta Argentina no es el país que queremos. Cada uno de nosotros ha arrojado, por lo menos, una piedra para destruir lo que tuvimos y lo que pudimos tener. En este punto, todos somos indemnes. No perdamos esta indemnidad. No le tengamos miedo a la ley, que es la única

autoridad no totalitaria. No nos tengamos miedo entre nosotros. Luchemos, yo no digo con generosidad: luchemos con sentido de responsabilidad. No nos quedemos con odios. No son buenos, ni el odio ni el temor. Hagamos política. Valientemente, si cabe la palabra. Creo que de esa manera podemos marchar».

En las semanas siguientes, la muerte empezaría a trabajar en su cerebro. Iría acoplando células ociosas para formar un cangrejo invasor y virulento.

“Su muerte fue como todas las cosas de él”, me dijo Agustín Caeiro, su médico. “Se murió sin preocuparse para nada de cómo se moría. No quería que lo molestaran con investigaciones y análisis. Nunca se quejó”.

Quise saber si había hablado de sí mismo. “No, porque al final se perdía un poco”, me explicó el doctor Caeiro. “Además, él no era hombre de confidencias”.

NADIE DEBIÓ USAR LUTO

No era confidencias lo que yo perseguía. Me importaba saber si, en ese momento, él había recordado un pasaje que —sé; me lo contó él mismo— solía releer. Es un pasaje de *Vidas Paralelas* y narra la muerte de Pericles:

“Estando ya para morir, le hacían compañía los primeros entre los ciudadanos y los amigos que le quedaban, y todos hablaban de su virtud y de su poder, diciendo cuán grande había sido.

“Medían sus acciones y contaban sus muchos trofeos [...] Decíanselo esto los unos a los otros en el convencimiento de que no los escuchaba porque había ya perdido enteramente el conocimiento; más él lo había escuchado todo con atención, y esforzándose a hablar, le dijo que se maravillaba de que hubiesen mencionado y alabado entre sus cosas aquellas en que tiene parte la fortuna, y que han sucedido a otros generales, y ninguno hablase de la mayor y más excelente, que es, dijo, el que por mi causa ningún ateniense ha tenido que ponerse vestido negro.”

Era la prueba agónica del mérito. Creo que es en el *Libro de los Muertos* (no estoy seguro) donde se dice que el egipcio justo, para merecer el perdón, debía estar en condiciones de decir, al término de su vida: “No he causado miedo a nadie”.

Nuestro hombre habría merecido aquel perdón.

No había causado miedos. No había sido, tampoco, ocasión para el luto. Acaso lo haya recordado, en medio de los delirios que le provocaban las patas de aquel cangrejo, clavadas en su inteligencia.

LA MUERTE

El 18 de enero de 1983, a las diez de la noche, oí que había muerto.

Fui, entonces, a buscar el testamento. Estaba seguro de recordar cada una de las palabras que él nos había dictado ciento veintiséis días antes. Leí nerviosamente, anticipándome a cada párrafo, agitándome por llegar al final. Fue inevitable que me turbara. No habría podido leer las últimas palabras en voz alta. Repasé las líneas con una parsimonia afectada e imitando, dentro de mí, aquella voz sin resplandores:

«Todos somos culpables y, cuando todos son culpables, nadie lo es... Esta Argentina no es el país que queremos... Cada uno de nosotros ha arrojado, por lo menos, una piedra para destruir lo que tuvimos y lo que pudimos tener... En este punto, todos somos indemnes... No perdamos esta indemnidad... No le tengamos miedo a la ley, que es la única autoridad no totalitaria... No nos tengamos miedo entre nosotros... Luchemos, yo no digo con generosidad: luchemos con sentido de responsabilidad... No nos quedemos con odios... No son buenos, ni el odio ni el temor... Hagamos política... Valientemente, si cabe la palabra... Creo que de esa manera podemos marchar... ARTURO HUMBERTO ILLIA».

TESTIMONIO

Las palabras de los textos precedentes que figuran entre comillas («») y en *bastardilla* pertenecen al ex Presidente de la Nación Arturo Umberto Illia, constituyen la manifestación de su última voluntad política y fueron pronunciadas el catorce de septiembre de mil novecientos ochenta y dos en un acto que tomó la apariencia de una conferencia pública y tuvo lugar en la Bolsa de Comercio de la ciudad de Córdoba, República Argentina, ante mí, de todo lo cual doy fe._____

Concuerta con la vida y obra del otorgante.—

Para ser inscripto en la memoria de sus compatriotas, expido este testimonio, en Buenos Aires, a los quince días del mes de septiembre de mil novecientos ochenta y nueve.

Imprimió

Talleres Gráficos
Laser Graphic

Bmé. Mitre 685 - Morón
Buenos Aires - Argentina
lasergraphic@speedy.com.ar